

**Lilli Thal**

# **El inspector Pildorín**

**y los falsos Papá Noel**



**ANAYA**

**Ilustraciones de  
Franziska Biermann**

**Lilli Thal**

# **El inspector Pildorín y los falsos Papá Noel**

Ilustraciones de  
Franziska Biermann



**ANAYA**

# COMISARIA MUNICIPAL





## Alegrías navideñas

—¿No le parece romántico, señor inspector? —preguntó Rodolfo Valentín Pásmez con devoción—. ¡Así es como yo imagino siempre las Navidades!

Al principio los copos de nieve caían discretamente, pero poco a poco, y quizá alentada por el ritmo vertiginoso de los villancicos, la nevada se intensificó. Al mediodía, la nieve se arremolinaba delante de la ventana de la comisaría y se adhería al cristal. Las formas geométricas de los copos de nieve formaban un encaje increíblemente delicado y fino.

El inspector Pildorín echó un vistazo por la ventana:

—Nieve —gruñó—, agua sucia y congelada. Me gustaría saber qué tiene eso de romántico. Menos mal que soy precavido y me he encargado personalmente de que tengamos unas Navidades románticas de verdad —dijo sacando de debajo de su escritorio una gran caja de cartón—. ¡Rodolfo, abra el paquete!

«Empresa Gabriel Esto es una mina – Decoración navideña para su comisaría» ponía en la caja de la que Rodolfo Valentín Pásmez empezó a sacar cientos de diminutas lucecitas azules, cincuenta pistolas doradas para colgar del árbol, veinte esposas de color rojo metálico, diez estrellas de sheriff, tres bolas enormes de

esas que suelen colgar de los grilletes y diversas clases de cadenas. En el fondo de la caja encontró un disco de vinilo: *Pero mira cómo roban los cacos en el río. El coro de presos del penal de San Quintín canta los villancicos más hermosos.*

—¿Ha visto, Rodolfo? —el inspector Pildorín contemplaba el surtido navideño con ojos relucientes—. *Estos son los ingredientes necesarios para preparar una Navidad emotiva digna de un policía. ¡A qué espera! Ponga el disco enseguida* —indicó a su asistente—. *Y prepáreme de paso una tacita de té de Navidad.*

«¡Ay! del chiquirritín» recitaban a coro con voz ronca cien hombretones peludos recluidos en uno de los penales más peligrosos del mundo. La exquisita melodía y el aroma que desprendía el té de Rodolfo (una mezcla de manzana, espumillón y clavo muy acorde con la estación) embargaron al inspector de una buena dosis de espíritu navideño.

«Chiquirriquitín, queridi, queridito del alma» cantaba en falsete mientras abría el último ejemplar de *El jefe de policía* para estudiar a fondo el artículo «Construyendo un detector de mentiras. Capítulo IV: Soldar los cables».

—¡Va a ser la bomba, Rodolfo! —exclamó el inspector—. Solo veinte capítulos más y tendremos nuestro propio detector de mentiras.

Sostenía con mucho orgullo un extraño artilugio que consistía en una caja de huevos y una infinidad de cables de colores.



—Es un trabajo muy delicado —recalcó al coger el soplete—. Se necesita mucha pericia y un pulso muy firme.

Rodolfo Valentín Pásmez se disponía a decorar el enorme cactus que tenían en el alféizar de la ventana con unas estrellas de sheriff y unas cuantas esposas. Durante un buen rato los dos policías estuvieron trabajando en silencio hasta que Rodolfo, de repente, alzó la mirada.

—Señor inspector, ¿sabe de qué nos hemos olvidado?

—Pues no, Rodolfo. —En ese momento el inspector estaba soldando con sumo cuidado un cable finísimo al detector de mentiras—. ¿De qué?

—Del regalo de Navidad para el comisario general Gruño Constantín.

El inspector Pildorín dio un respingo como si en ese preciso instante le acabara de picar una tarántula. Un segundo después, algo chisporroteó y se elevó una nube de humo: la caja de huevos había quedado reducida a una masa negruzca y pegajosa.

—¿Se da cuenta del alcance de su intromisión? —Amenazante, el inspector enarbolaba el soplete hacia su asistente—. Su estupidez me obliga a retroceder una vez más al capítulo número uno: «Consiga una caja de huevos».

—Ha sido sin querer, señor inspector —murmuró Rodolfo bastante compungido.

Furioso, el inspector Pildorín tiró a la papelera el amasijo negro en el que se había convertido su detector de mentiras.

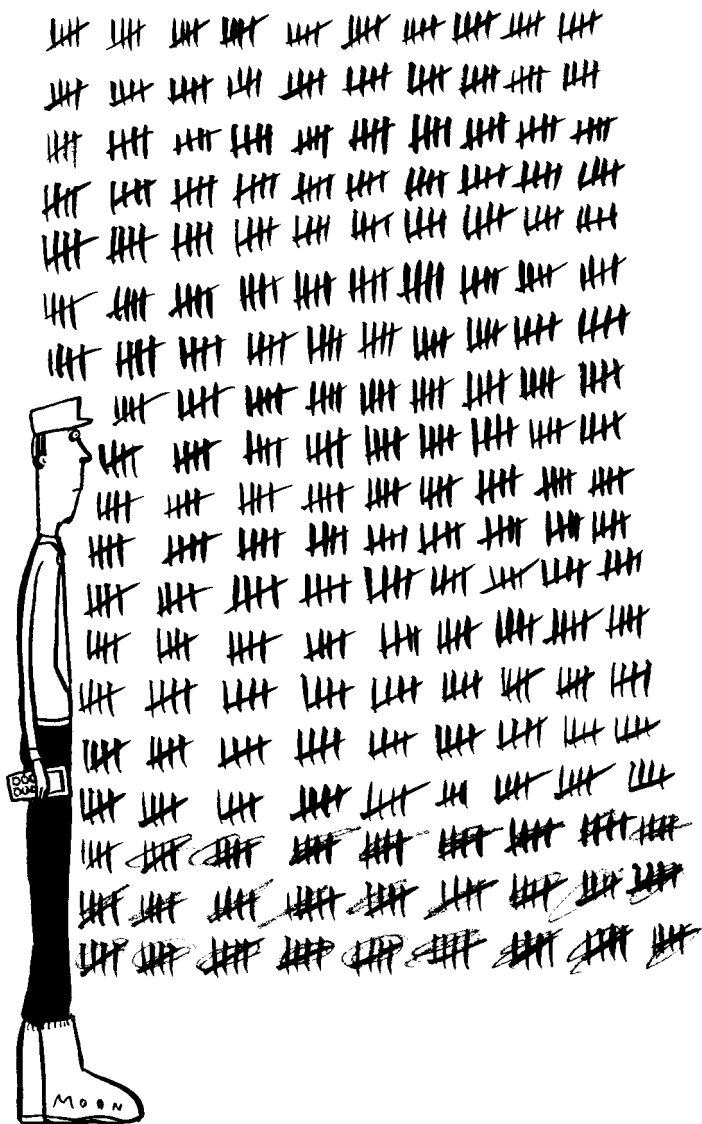
—Sabe perfectamente que encargarse de los regalos es una de las responsabilidades del asistente de policía —gruñó.

—Pero es que usted todavía no ha dado instrucciones al respecto —se defendió Rodolfo.

—¿Es que me tengo que ocupar de todo personalmente? —preguntó el inspector Pildorín hecho una furia—. *Colabore*, Rodolfo, piense también un poco, eso es lo que diferencia a los buenos subalternos de los negados. —Parecía que su buen humor se había evaporado como la nube de humo—. Solo faltan dos días para Nochebuena y nosotros sin regalo —dijo con gesto sombrío—. ¿Es consciente de que el viejo Gruño Constantín espera con impaciencia una razón tan tonta como esta para alargar todavía un poco más nuestra estancia en este pueblucho de mala muerte? —exclamó con un profundo suspiro—. ¿Cuánto tiempo habremos de soportar todavía este miserable destierro?

El asistente Pásmez, que tenía que contestar esta pregunta como poco tres veces al día, echó un rápido vistazo al registro de palotes que había pintado en la pared.

—Exactamente 770 días, señor inspector —informó escuetamente—. ¡Después podremos volver a la *city*! Bueno, siempre y cuando no nos ganemos algún que otro punto de penalización...



—Por eso mismo necesitamos un regalo para ese viejo cascarrabias. —El inspector Pildorín miraba a su asistente por encima del cactus con complicidad—. Las grandes amistades se cimientan en los pequeños regalos, ¿no le parece, Rodolfo?

Al oír esto, curiosamente, el asistente Pásmez se dio cuenta de que él tampoco tenía un regalo de Navidad para su jefe. «Bombones», se le cruzó rápidamente por la cabeza, «al inspector le encantan los bombones».

—Lo que no sé es qué le podríamos regalar —dijo el inspector pensando en voz alta—. Tiene que ser algo muy especial, no algo tan aburrido y de mal gusto como la caja de bombones de siempre. Eso es lo que los trepas quiero-y-no-puedo suelen regalar a sus superiores.



Rodolfo Valentín Pásmez dio un respingo:

—Y a usted, por ejemplo, señor inspector, ¿qué le haría ilusión? —intentó sonsacarle sin que se notara.

—Una caja de huevos —replicó el inspector tan secamente que Rodolfo no se atrevió a indagar más.

Pero el inspector Pildorín, perdido en sus elucubraciones, ya estaba pensando en otra cosa.

—Encontrar el regalo de Navidad adecuado para el comisario general es un asunto extremadamente delicado —decidió al final—. Me tendré que ocupar personalmente de ello. ¡Rodolfo! Fije el día de mañana como día oficial para ir de compras navideñas.

—¡A sus órdenes, señor inspector! —solícito, el asistente Pásmez marcó una cruz en el calendario y lo anotó en la agenda de citas.

«María, María, ven acá volando, que los diamantes, los están llevando», cantaba el coro de presos del disco de vinilo.

Y «María, María, ven acá corriendo, que los pañalitos, los están llevando» era lo que sonaba dentro del enorme alce de plástico que Sven había puesto delante de su tienda de muebles. «En el portal de Belén hay estrellas, sol y luna», aseguraban solemnemente docenas de muñecos de nieve de cerámica en una estantería colocada delante de la tienda de juguetes. Y en el supermercado se oía por los altavoces «Pastores venid, pastores llegad», a pesar de que, como todo el mundo bien sabía, en la pequeña ciudad no vivía ni un solo pastor. «Arre borriquito, vamos a Belén», instaba entusiasmado el orfeón masculino del ayuntamiento en la plaza

del mercado sin hacer caso del «Cantad, pastores, pero fuera del portal, que se ha dormido el Niño y se puede despertar» que susurraba a su lado el coro de mujeres de la iglesia.

¡Todo un idilio navideño! En cada esquina, en cada plaza, se oían los más bellos villancicos, toda la ciudad olía a castañas asadas y a chocolate caliente, y para colmo estaba nevando: la pequeña ciudad parecía estar metida en una de esas bolas de cristal tan bonitas que al agitarlas parece que está nevando. Y en medio de toda esa magia navideña, ¿quién no iba a estar pletórico de felicidad? Los niños se alegraban de que fuera Navidad por los regalos; los vendedores, por los fajos de billetes que se iban acumulando en las cajas registradoras; y a todos los habitantes de la pequeña ciudad les alegraba muchísimo que ya faltara menos para que las tiendas cerrasen: ¡por fin un poco de paz y tranquilidad! Desconectarían al alce y a los muñecos de nieve y los coros se irían a sus casas a descansar.

Así que se puede decir que la alegría navideña reinaba en todas partes, incluso en los lugares más insospechados...

En una de las casas típicas más suntuosas y elegantes de la ciudad, que estaba en la plaza del mercado, habían abierto una clínica de lo más original, por no decir macabra: «Diplomatura oficial en amputaciones. Toño Macarrón. Todos los miembros» se anunciaba con letra gótica en un letrero de latón. «Cita previa».

Pero, curiosamente, absolutamente nadie concertaba una cita, y por eso mismo nadie sospechaba lo que se

escondía detrás de ese letrero: la casa más bonita de la plaza del mercado no era una clínica, no, era una guarida de maleantes perfectamente camuflada, ¡un nido de ladrones! Los pajarracos sinvergüenzones que anidaban en aquel antro se llamaban Toño Macarrón, Luis Blabla y Edu Raspa: unos ladrones muy profesionales que se las sabían todas. A lo largo de su dilatada carrera como delincuentes habían desarrollado alguna que otra entrañable tradición navideña.

—Pues sí, amigos míos —Toño se acomodó en el sofá—, os aseguro que no existe nada más agradable en el mundo que nuestro encuentro anual por Navidad.



Desde luego, el ambiente no podía resultar más agradable aquella tarde en el cuarto de estar de Toño: los tres ladrones estaban repantigados en sus asientos, en la chimenea crepitaba el fuego y, gracias a las ventanas insonorizadas que Toño había encargado cambiar el año pasado, también por esas fechas, los villancicos que cantaban los coros en la calle hasta resultaban agradables, porque se oían a la intensidad adecuada, como si vinieran de muy, muy lejos. Los tres pillos tenían en una mano una taza de chocolate caliente que sorbían de vez en cuando haciendo mucho ruido, y en la otra siempre un polvorón, porque en cuanto devoraban uno, echaban mano rápidamente de la inmensa montaña que tenían delante. En la corona de adviento de Toño ya estaban encendidas las cuatro velas: ¡las Navidades estaban al caer!

Desde hacía mucho tiempo, era tradición que los tres ladrones se encontraran todos los años para beber juntos chocolate caliente y escribir la carta a Papá Noel, que se hacía esperar mucho menos que los Reyes Magos. Por supuesto, previamente se habían surtido de catálogos de todas las tiendas de la ciudad y los habían estudiado de cabo a rabo y de rabo a cabo:

—¿Cuál os parece más bonito? —Luis comparaba los abrigos de piel de la peletería Con Pelos y Señales—. ¿El de zorro o el de visón?

—Quédate con el de visón, Luis —dijo Toño—. El de zorro me va a quedar mejor a mí.

Toño sostenía en alto el catálogo de la tienda de televisores Arrancacables.

—¿Qué os parece este televisor?

—¡Vaya supertele! —Edu asentía en señal de aprobación—. Pon una cruz, Toño, de esas pedimos tres de golpe y porrazo.

Con su rotulador, Toño marcó tres cruces rojas en el catálogo.

Edu, el especialista en candados y cerraduras, se encargaba de dar un buen repaso al catálogo de la ferretería El Imperdible.

—Es impresionante el surtido de ganzúas que tienen —anunció—. ¡Y de las palancas, ni os cuento!

—Lo que necesitamos urgentemente son unas pipas nuevas —dijo Toño dando un sorbo a su taza de chocolate y abriendo el catálogo de la armería Tiroteo-Joe—. *Mafioso 5* —leyó en voz alta—, bañada en plata de ley de una pureza sin igual y con mango de auténtica madera de arce: ¡la pistola de moda más codiciada en estos momentos en Chicago y Palermo!

—¡Eso no hay ni que pensárselo, Toño! ¡Otra cruz!

Y de esta manera fue como los tres ladrones disfrutaron de una tarde deliciosa en perfecta armonía. Por la noche, todos los regalos que podrían haber desatado las pasiones de un criminal en Nochebuena estaban anotados en una carta de no sé cuántos folios.

—Ahora nos toca hacer la prueba de los disfraces —dijo Toño levantándose de su asiento.

—¡Qué pesado eres, jefe! —dijo Luis con un suspiro—. Siempre tienes que tener todo controlado hasta el mínimo detalle y, que yo sepa, hasta ahora nunca hemos tenido problemas.

—¡Además, es un juego de niños! Todos los años es lo mismo —añadió Edu.

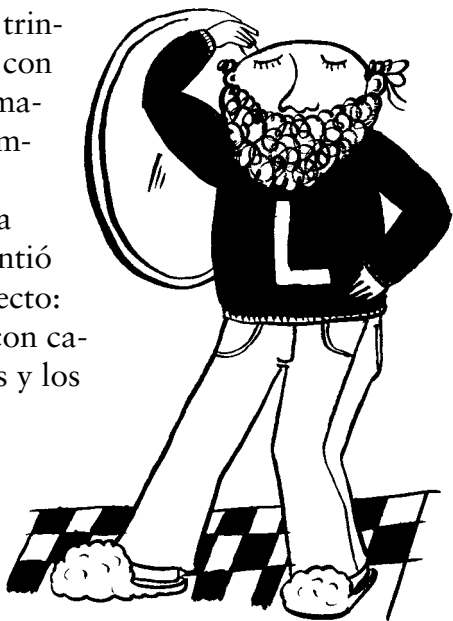
—Por eso mismo no podemos bajar la guardia y tenemos que ser todavía más precavidos —les explicó Toño—. Nunca se sabe lo que se te puede cruzar en el camino...

Se fue de la habitación y apareció enseguida con tres bolsas de plástico muy grandes.

—¡Qué buena idea tuvimos al desvalijar la tienda de disfraces! —dijo Luis mientras se ponía una chaqueta roja con los bordes rematados con peluche blanco—. Estos disfraces son tan elegantes... ¿No le importará a nadie que me quede con la barba rizada, verdad? —preguntó mirándose coquetamente en el espejo—. ¡Me queda tan bien con la ondulación natural de mi cabello!

—Luis —gruñó Edu subiéndose la capucha—, eres el ladrón más presumido de todo el planeta. Algún día te trincaré la policía, pero no con un arma cargada en las manos, sino perdiendo el tiempo delante de un espejo.

Toño echó un vistazo a sus dos compinches y asintió complacido al ver su aspecto: con sus chaquetas rojas con capucha, las barbas blancas y los grandes sacos cargados al hombro tenían una pinta estupenda, ¡unos auténticos Papá Noel! Parecían tan pacíficos e inocentes...



Toño volvió a llenar las tazas de chocolate:

—El disfraz es perfecto, ¡la cosecha de regalos va a ser colosal!

Y los tres ladrones brindaron con tanto entusiasmo que el chocolate caliente se derramó por los bordes de las tazas.

«María, María..., los están llevando» sonó una última vez dentro del alce que estaba delante de la tienda de muebles, antes de que Sven del Alce lo desenchufara. Ya era suficiente por hoy, mañana más.

